



# ESPERANDO *al* Vicario de CRISTO

por Fr. FRANCESCO D. COLACELLI

**N**o teníamos dudas. Sabíamos que el Santo Padre vendría. Era algo más que una esperanza. Era una certeza, unida a las varias demostraciones de estima hacia el Padre Pío expresadas antes y después de la elección al Trono Pontificio. Se lo había prometido personalmente a nuestro Arzobispo, al Vicario General de la Orden, al Ministro Provincial de nuestra Provincia religiosa y al Obispo jubilado de Trivento, que desde hace algunos años vive en nuestra residencia para sacerdotes ancianos y enfermos de San Giovanni Rotondo.

Esperábamos saber cuándo. Y una primera respuesta nos había llegado en la fecha del 23 de septiembre pasado de la acreditada voz del cardinal Secretario de Estado, Tarcisio Bertone, que nos había revelado el año: 2009. El 7 de diciembre un documento del prefecto de la Casa Pontificia, mons. Harvey, nos ha dado la fecha precisa: el 21 de junio.

Ahora sabemos más. Sabemos que el Papa Benedicto XVI celebrará la Eucaristía junto a los devotos y los hijos espirituales del Padre Pío y que se quedará en la ciudad en la cual vivió y obró el Padre Pío un día entero. Ya estos dos dones, que el Pontífice ha querido darnos, son un ulterior signo evidente de una predilección del Papa teólogo hacia aquél que ha definido “un hom-

bre simple, un “pobre Fraile”, como él decía, al que Dios ha confiado el perenne mensaje de su Amor crucificado por la entera humanidad” (cfr. Discurso del 14 de octubre de 2006).

Este conocimiento no produce en nosotros, hermanos del Padre Pío, sólo satisfacción. Alimenta, además, principalmente una cada vez mayor concienciación de nuestra responsabilidad. La responsabilidad de custodiar, para ofrecer a todos con espíritu de servicio y de amor por la verdad, la ejemplar figura de un cristiano, de un religioso, de un sacerdote que ha sabido resistir a los muchos cantos de sirenas que llegan a los oídos del hombre moderno. Que ha tenido el valor de mirar más allá del contingente para contemplar el Eterno, hacia el cual ha dirigido cada paso de su viaje terreno. Que se ha dejado inhumar el corazón por el océano de amor manado del Calvario y que se regenera, como nueva fuente, en cada criatura que está preparada a acogerlo.

El Padre Pío conquista. Conquista a los Papas. Se ha hecho apreciar por el templado Benedicto XV. Ha obtenido del culto Pío XI un histórico acto de benevolencia. Ha estado en plena comunión espiritual con el místico Pío XII. Ha ganado sobre las mentiras que han intentado desacreditarlo a los ojos del buen Juan XXIII. Ha sido una certeza para el reflexivo Pablo VI. Ha tocado el corazón del humilde

Juan Pablo I. Se ha vuelto uno de los puntos de referencia en la vida del pensador Juan Pablo II. Ha reclamado la atención del teólogo Benedicto XVI.

Conquista a los jóvenes. En diciembre nuestra familia capuchina se ha enriquecido con dos nuevas, definitivas respuestas a la vocación religiosa y tantos chicos y chicas, que aunque conservan su estado laico, convienden con nosotros la oración y la acción por el largo sendero marcado por san Francisco.

Conquista a todos. Creyentes y no. Ha convertido a comunistas y a masones y también hoy conduce hacia nuestros confesionarios a ateos glaciales, que se derriten bajo los rayos de la Gracia.

Por esto nuestras gracias al Santo Padre son también el signo de una espera. La espera de la palabra acreditada del hombre de fe, del teólogo, pero sobre todo del Vicario de Cristo que, estamos seguros, nos ayudará a valorizar aún más y en el modo espiritual más provechoso el tesoro de la misericordia que Dios ha querido poner en las manos de “un pobre Fraile” y que ahora está en las vuestras que son todavía más pobres. Nosotros, por nuestra parte, intentamos compartirlo con la “clientela mundial” de nuestro santo Hermano. ■